

Uno

Un café con leche y un cortado para la barra, un bocadillo de tortilla de patata con tomate y una caña para la dos, café y copa para Andrés. Repetía mentalmente la retahíla de comandas para no olvidar nada mientras cargaba el brazo metálico de la cafetera del polvo oscuro y aromático de siempre. Como venía pasando las últimas horas, aprovechó el momento para apoyarse en el mostrador y descansar así el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo, aliviando el derecho. Sentía incisivos pinchazos en los dedos y pensó que el golpe tardaría mucho más en dejar de doler de lo normal por tener que permanecer de pie el resto de su jornada laboral. Calentaba la leche al tiempo que vigilaba que no rebosara. En pocos segundos estaban listos los cafés que depositó en el lugar exacto de la barra sin que los clientes le prestaran atención ni le dieran las gracias. Oyó el timbre del microondas y, a los pocos segundos el sonido producido por el impacto de un plato en la base metálica del ventanuco que comunicaba con la cocina: el bocadillo de tortilla estaba preparado. Mientras le entregaba a Andrés su copa pudo comprobar que algo no estaba bien. Golpeó levemente en el lateral del hueco que utilizaban para comunicarse con el espacio donde moraba su particular tortura diaria.

—Luisa, con tomate, por favor: el bocadillo de tortilla, con tomate.

Una mano rechoncha y aceitosa, brillante como si hubiera sido pulida a conciencia, recogió de mala gana el plato. Un murmullo, casi un graznido, constató el mal humor habitual de la cocinera. Como cada día, deseaba que acabara su jornada nada más empezar para encontrarse con su nuevo novio, un tío asiduo al local a quien, al pa-

recer, no solo le gustaban sus croquetas sino también su mala leche.

Andrés hablaba solo o con la televisión o tal vez con su amigo invisible reproduciendo en sus delirios etílicos algún trauma infantil, porque nadie más le escuchaba. Era su tercera toma. Si bien era cierto que le convenía controlar el consumo de alcohol, nadie estaba dispuesto a negarle su dosis de coñac.

Los clientes entraban y salían, mientras el pie derecho de Gabriela le pedía auxilio. Iba a resultarle muy difícil olvidar cómo había comenzado ese martes, cuando apenas unos minutos después de recibir a los primeros clientes, le cayó encima una botella de vidrio desde una altura considerable, propinándole un tremendo golpe que acabó en derrame y una tremenda hinchazón. La habría consolado poder responsabilizar a algún energúmeno de su lesión, pero solo era consecuencia de su torpeza, directamente proporcional al cansancio acumulado tras tantas noches en blanco. Apenas cinco horas de sueño para afrontar un mínimo de diez de trabajo, antesala de otra noche de escaso descanso. Se llevó la mano a la boca para camuflar un bostezo, mezclado con mueca de dolor que, pese a su disimulo, no pasó desapercibido.

—¡No dormimos bien, chavala! —espetó Andrés escuchando las palabras a través de una casi inexistente y ennegrecida dentadura.

Podía haberle contestado, pero la experiencia le había enseñado que Andrés no tenía otra ocupación mejor que permanecer sentado en el taburete sin perder detalle de lo que sucedía a su alrededor, lanzando de vez en cuando algún impropio con la única aspiración de sentirse parte de algo, aunque fuera de la vida de otros. Le dedicó un mohín como fracasada sonrisa, pasando por alto que le molestaba sobremanera saberse observada, así Andrés se sentía importante. Ella lo sabía y no le costaba nada.

Necesitaba sentarse. De nuevo el impacto de la loza sobre el metal atrajo su atención. Luisa había cumplido con el encargo a conciencia; el tomate chorreaba por el lateral del bocadillo convirtiendo lo que podría haber sido un apetitoso bocado en algo un tanto repugnante. Cogió una servilleta y adecentó la presentación sin mediar palabra. Hacía mucho tiempo que había descubierto que con Luisa era más recomendable el silencio. Entregó el bocadillo y sirvió de inmediato la caña. La misión estaba cumplida por lo que podía volver a las cajas de cerveza en las que, después del golpe, se sentaba en cuanto tenía ocasión.

Excepto Andrés, que levantó la copa tras dirigirle una sonrisa llena de oscuros huecos, nadie le prestaba especial atención, a diferencia de lo que pasaba con Luz. Era normal. Sus grandes pechos, su estilizada figura, su pelo estirado hasta el límite en una coleta y su sonrisa permanente eran un imán para los hombres. La mayoría de los clientes habituales conocían su nombre y la llamaban incluso antes de acomodarse para asegurarse de que sería ella la que les atendiera. A Gabriela le gustaba Luz y disfrutaba en silencio cuando alguno de sus ingenuos pretendientes se le insinuaba. Luz era lesbiana, Gabriela lo sabía desde hacía mucho tiempo, aunque no era algo ni evidente, ni compartido con el resto de compañeros de trabajo. ¡Cómo para compartir con Luisa cualquier intimidad! Era la fundadora de su propia red social, en la que transformaba la vida privada de los demás en noticia de portada, hábilmente manipulada para convertirla en causa de mofa y escarnio público.

Miró el reloj. La eternidad se movía al compás de sus agujas. El día se le antojaba inacabable y su pie parecía negarse a seguir aguantando su peso, latía con insistencia dentro de un zapato que ya no lo abarcaba. Se imaginaba en su casa durmiendo toda la tarde, con la confianza de que, al despertar, solo sufriría los efectos de un golpe sin

mayores consecuencias. Luz se acercó hasta donde estaba, esgrimiendo su perenne sonrisa. Gabriela la interrogó levantando ligeramente los hombros, no tardó en recibir una discreta respuesta.

—Menudos gilipollas... ¿ves a esos del rincón?

Escaneó con poco disimulo el bar. Al fondo, cinco jóvenes bebían cerveza mientras reían a carcajadas, como si tuvieran la necesidad de demostrar con su actitud que se lo estaban pasando en grande.

—Me han tocado el culo tantas veces que ya me parece normal —explicó colocando en su lugar los envases vacíos que había recogido precisamente de esa mesa—. Deben de haberles dado día libre sus dueñas y están más salidos que el picaporte de una puerta.

Gabriela respondió con un intento de sonrisa que acabó malograda al llevarse una mano a la pierna, manifestando así el dolor que se empeñaba en recordarle que la realidad no desaparece por ignorarla.

—Gabi, tía, lárgate al médico. Ya me apaño sola.

—Da igual... no tengo ganas de oír comentarios imperinentes —contestó lanzando una mirada a la cocina.

—Que se vaya a la mierda esa arpía —susurró Luz, demostrando con un diáfano gesto su profunda antipatía por Luisa—. Deberías estar en urgencias y no aquí de plantón.

—Solo será un hematoma.

—No sabía que fueras traumatóloga —insistió mientras se secaba las manos después de haber lavado un vaso que iba a utilizar para ponerse agua.

Luz era un poco maniática con la higiene de la vajilla del bar. Luisa era la encargada de fregar la mayor parte de los utensilios y estaba convencida de que lo hacía con poco interés. Así que, cada vez que iba a usar algo, lo limpiaba personalmente.

—No pasa nada. Está tranquilo. Lo soportaré.

—Tú eres tonta —afirmó Luz con la voz entrecortada como consecuencia de haber ingerido sin respirar un largo trago de agua fría.

—Sin duda.

Se miró las manos frustrada. Estaba tan cansada que le faltaban fuerzas para volver a casa andando. No se encontraba bien, era innegable. Necesitaba reposar sentada unos minutos, unas horas, o una vida... Lanzó una mirada hastiada a los amigos que seguían exhibiendo su buen humor.

—Me voy a mear —dijo Luz saliendo de detrás de la barra—. Cuando vuelva, te vas a tu casa.

—Vale —consintió dedicándole una sonrisa amable.

Andrés seguía observando. Tenía la cansina costumbre de centrar sus limitadas capacidades en meterse en todas las conversaciones. Por regla general Gabriela lo toleraba, pero no estaba de humor ni para ser comprensiva. Con un simple gesto evitó darle a entender que le interesaba lo que tuviera que decir. Cuando ya había abierto la boca para empezar a hablar, ella desvió su atención hacia la calle y Andrés calló. Aprovechó la separación de los labios para dar un nuevo sorbo al coñac. A Gabriela le dio lástima, pero también estaba cansada de sentir lástima por los demás.

El buen tiempo animaba mucho el barrio y la gente no hacía más que pasar en dirección a la playa. Se estaba pasando una mano por el flequillo, todavía ensimismada, cuando la sobresaltó descubrir que alguien se situaba frente a ella al otro lado de la barra. Dio un respingo y se levantó, algo que lamentó de inmediato. Cerró los ojos por el doloroso pinchazo que recorrió a la velocidad de la luz sus conexiones nerviosas para clavarse directamente en la parte del cerebro que controla la desesperación.

—¿Te has hecho daño? —preguntó el cliente sorprendido.

—No —mintió sin mirarle, empleando un tono que desmentía por completo su afirmación.

—Pues no lo parece. ¿Necesitas ayuda?

Solo entonces tuvo curiosidad por saber quién era el amable cliente; no le costó identificarlo: uno de los cinco colegas de birras que montaban tanto escándalo. Le pareció guapo. Sobre todo le llamaron la atención sus ojos, aunque los observó con fugacidad. Solía apocarse cuando un hombre atractivo le prestaba atención, entre otras razones por la falta de costumbre. La mujer extrovertida que fue años atrás estaba en hibernación. Desvió la mirada de inmediato.

—No gracias. Estoy bien.

—Vale. ¿Puedes llenar esto? —preguntó tendiéndole un plato vacío en el que hubo cacahuets.

Cogió el plato asintiendo con la cabeza y se dio media vuelta sin poder esconder su cojera.

—No parece estar muy bien —insistió el joven que, en apariencia, solo pretendía ser amable.

—Tranquilo, no es nada —contestó dejando caer los frutos secos hasta que el recipiente estuvo listo para entregárselo.

—¿Qué ha sido?, ¿un accidente?

—Sí —contestó escuetamente.

—¿Un accidente laboral?

Le dedicó una mueca de desagrado como única respuesta. Le molestaba el interrogatorio, especialmente tras comprobar como los compañeros de su entrevistador no hacían más que gritar pidiéndole que dejara «a la chica en paz» entre carcajadas. Convertirse en el centro de sus chanzas transformó su semblante y crispó su actitud.

—¿Necesitas algo más? —preguntó con seriedad dedicándole una mirada contundente a su interlocutor, que se la mantuvo unos segundos que a Gabriela le parecieron eternos; de hecho no pudo mostrarse firme durante

más tiempo, por lo que desvió su interés a la superficie aséptica de la barra.

—Cuídate —se limitó a decir el desconocido cliente antes de regresar al rincón.

Gabriela comprobó con desagrado cómo al llegar a la mesa sus amigos le increpaban. Se sentó en su lugar entre risas y un instante después volvió a mirarla, recibiendo como réplica la indiferencia de un rostro inexpresivo. Luz salió del baño colocándose el pequeño delantal negro que llevaba atado a la cintura. Gabriela, incómoda y muy cansada, no dudó en aceptar el ofrecimiento de su compañera; al fin y al cabo solo iba a ejercer un derecho laboral, aunque a veces se olvidara de que los tenía.

—Tienes razón, creo que me voy ya.

—Claro que sí, tía. Descansa y, si no te encuentras mejor mañana, no vengas.

Se quitó el delantal, se asomó a la cocina y le notificó a Luisa su intención de marcharse.

—¿Ya te vas? —preguntó con sorpresa.

—No me encuentro bien. Luz se encarga de atender aquí fuera.

—¡Qué flojas sois! —espetó la cocinera sin pudor, con un contundente tono de voz para que todo el bar la oyera—. No aguantáis nada. Picando piedra me gustaría veros a las dos.

Se mordió la lengua. No le quedaba sagacidad para responder a sus impertinencias. Cojeando, sin poder apenas caminar, dio media vuelta y se despidió de Luz sin hacer ningún caso a los comentarios de Andrés, que no dejaba de hablar sobre algo relacionado con la gota que sufrió meses atrás. Salió del local tan rápido como le permitió su torpeza. Resopló con aflicción. Le esperaba un suplicio hasta llegar a su casa.

Su compañera la observó con preocupación mientras pensaba que no debería marcharse a pie; pero no podía

acompañarla, sus obligaciones contractuales le exigían quedarse en el bar, necesitaba el trabajo y lo que menos le convenía era enfrentarse al dueño que, desgraciadamente, había depositado en la impertinente de Luisa toda su confianza.

Gabriela se apoyó en el marco de la puerta para salir y, tras respirar hondo, se dispuso a iniciar el camino. Decidió apoyar solo el talón derecho por si aliviaba el dolor, pero le costaba avanzar. No era médico, sin embargo, sospechaba que su lesión no iba a quedarse en un simple hematoma.

¡Por fin en la calle! Le reconfortó sentir el sol en la cara, la brisa del exterior. Miró hacia el cielo azul intenso e inspiró hasta que no le cupo más aire. No le quedaban demasiadas alternativas. «¡Ánimo!», pensó, «tampoco estás tan lejos».

Apenas había avanzado unos metros cuando alguien la cogió por el brazo sobresaltándola.

—Tía, estás chunga, deja que te ayude.

Reconoció la voz e identificó el rostro en cuanto se dio la vuelta. Le miró con extrañeza moviendo el brazo hacia arriba para dar a entender que quería que la soltara.

—¿Qué haces? —preguntó tras detenerse.

—Te he visto un poco mal y he pensado que necesitarías ayuda. Puedo llevarte a casa, tengo moto.

Frunció el ceño. No entendía a qué venía tanta amabilidad pero no le gustaba, ni se fiaba de sus verdaderas intenciones por buen samaritano que quisiera parecer. Él respondió con una sonrisa, tendiéndole ambas manos.

—¡Venga!, ¿no puedes aceptar mi invitación? Solo quiero ayudar a una persona que lleva toda la mañana trabajando a pesar de no estar en condiciones.

Siguió sin responder. Miró hacia delante dispuesta a marcharse sin importarle ser antipática, pero al girarse estuvo a punto de perder el equilibrio, y habría sido así de no ser porque él la cogió por el brazo.

—¿Lo ves? Necesitas ayuda —insistió sin abandonar su persistente sonrisa.

—¿Crees que estás en condiciones de conducir? —preguntó entonces Gabriela recordando los numerosos paseos que Luz había hecho desde la barra hasta la mesa de los amigos.

—No he bebido casi nada, dos cervezas como mucho.

El amable desconocido no dejaba de sujetarla por el brazo. Gabriela clavó la vista en sus manos y repitió el gesto para liberarse. Él respondió de inmediato.

—¡Vamos, mujer! Te juro que solo quiero ser amable. Además, me he aburrido de tanta cerveza y tanta tontería.

Quería decir que no. Le resultaba muy molesta la autosuficiencia con la que él se desenvolvía, pero no le quedaba ánimo para resistirse.

—Espérame aquí. Voy a por la moto —dijo.

Gabriela asintió con la cabeza y el joven samaritano se dio la vuelta en busca del vehículo. Apoyada contra la pared miraba a la gente pasar. Estaba triste. Respiró profundamente una vez más. «¡Ojalá mi único problema fuera no poder llegar desde el bar hasta casa!», pensó. Juntó los párpados y apoyó la cabeza en la pared. El ruido estridente de una motocicleta se escuchaba cada vez más cercano. Abrió los ojos y vio a su rescatador con un casco en cada brazo bajando del vehículo y acercándose.

—Vamos. Antes de que te des cuenta estarás en casa.

La cogió por el brazo y la ayudó a acercarse a la moto. Cuando estuvo sentada, él se ofreció a colocarle el casco, pero lo detuvo.

—Gracias, sé hacerlo sola.

Otra sonrisa. Era como si la seriedad y la acritud de Gabriela le resultaran graciosas.

—¿Dónde te llevo? ¿Quieres que vayamos a la playa?

Gabriela se molestó, tanto como para intentar bajarse de la moto, aunque él la detuvo.

—¡Eh!, tranquila. No te tires, era broma. ¿Dónde vives?

—Oye, no tengo ganas de bromas, estoy muy cansada —se limitó a decir.

—No, venga. Te llevo a casa. Dime donde vives.

Gabriela le indicó su dirección. El conductor sin nombre, subió en la moto después de colocarse el casco. Ella se cogió con fuerza a la parte trasera del asiento. No le inspiraban mucha confianza los vehículos sin puertas, pero su objetivo era llegar a casa cuanto antes y su atractivo desconocido era el medio más a mano para hacerlo posible.

Tardaron apenas unos diez minutos. De camino, él aprovechó un par de semáforos y de pasos de cebra para preguntar a Gabriela por su estado. Ella siempre contestaba con un escueto «bien».

—Es aquí —gritó para hacerse escuchar en cuanto vio su portal.

La moto se detuvo y el piloto se quitó el casco. Gabriela estaba sudando. El tuneado protector craneal no era muy cómodo a mediados del mes de julio. Se apeó tan rápido como pudo y, sin mediar palabra, le tendió el casco a su acompañante.

—Gracias —susurró como si le costara mostrarse agradecida.

—De nada —afirmó él sin olvidar su omnipresente sonrisa—. ¿Estarás bien?, ¿necesitas algo?

—Ya has hecho suficiente —dijo reaccionando con rapidez.

Al ser testigo, una vez más, de sus dificultades para desplazarse, el motorista bajó del vehículo para cogerla del brazo.

—No hace falta, de verdad —insistió mostrándose reticente a tanta demostración de humanidad.

—No hay problema. Estás mal, deberías ir al médico.

—Muy bien. —Gabriela se sentía tan incómoda que,

aunque consciente de que su cortante tono de voz no tenía justificación, no le importó emplearlo aún a riesgo de parecer desagradable. Con un poco de suerte, no volvería ver a aquel tipo nunca más.

Ambos llegaron hasta la puerta de la casa. Gabriela se soltó de nuevo.

—Bueno, adiós. Gracias por traerme —afirmó sin mirar a su asistente.

—Nada, ha sido un placer poder ayudarte. Solo una cosa más —añadió colocándose junto a la puerta para llamar la atención de Gabriela.

—¿Qué quieres? —preguntó mostrando su desagrado ante tanta insistencia.

—¿Cómo te llamas?

Tenía que deshacerse de él cuanto antes, pero no le quedaban energías ni para ser esquiva. Decidió contestar para dar por zanjada la charla.

—Gabriela.

—¡Gabriela!, es un nombre precioso —matizó él sin dejar de mirarla a los ojos.

—Maravilloso... —susurró molesta—. Oye de verdad, estoy cansada y...

—Yo soy Darío —añadió sin dejarla acabar.

Arqueó las cejas de forma espontánea. No podía ser de otra forma. Un tipo como él no podía llamarse Antonio, Miguel o Ramón, le pegaba más un nombre menos común. Seguramente sus padres se habían pasado los nueve meses de su gestación buscando el nombre perfecto, a diferencia de los suyos, que incluso antes de concebirla ya sabían que si tenían una hija, se llamaría como su abuela paterna.

—Muy bien, Darío, te doy las gracias por haber sido tan amable conmigo, pero estoy muy cansada y quiero entrar en casa.

La manera de reaccionar de la que hacía gala era muy

suya. Cuando conocía a alguien se mostraba tímida y evasiva, pero cuando se enfadaba era muy directa y no se cortaba a la hora de intimidar a su oponente con una mirada firme y desafiante.

—Espero que te recuperes pronto. Ha sido un placer.

Cuando se creía liberada tuvo que recurrir una vez más a una de esas miradas de desprecio al escuchar cómo le decía: «¿No me das dos besos?». Él sonrió y levantó las manos.

—Vale, vale... no te enfades. Ya me voy, espero que te pongas buena pronto. Bueno, ya estás buena, me refiero a que... ¡Vale, vale!, me voy.

Le odió. Sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta para entrar en la vivienda. No volvió a mirar al motorista a pesar de que sabía que seguía observándola. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella agotada, con los ojos cerrados. Cuando los abrió vio la misma casa de siempre, vacía, totalmente silenciosa. Suspiró y derramó un par de lágrimas. Adoraba su casa, pero odiaba su soledad, aunque ya no sabía si lloraba por el dolor o por no encontrar a nadie tras la puerta a quien explicárselo. Fuera como fuera, su llanto era silencioso, como su vivienda vacía.

La moto se alejó. Tras secarse las lágrimas con el reverso de las manos, se dirigió hasta el comedor casi arrastrando la pierna. Se dejó caer en el sofá. El bolso seguía cruzado en su torso. Solo tuvo tiempo de liberar su dolorido pie del calzado, sintiendo tanto alivio que en pocos minutos se quedó profundamente dormida.